

BREVE HISTORIA DE UN EJE

HAY países, como Francia, a quienes, en su interés de conservar las vastas regiones y riquezas que poseen, los dedos se les antojan huéspedes; polarizando toda su política exterior y los ardores de su hijos en la creación de un fantasma al acecho, el del "enemigo" que se levanta allende sus fronteras. No cuenta el que la historia de los tiempos modernos demuestre que esos germanos de sus pecados gravitan sólo sobre la cuenca del Danubio buscando la salida de sus productos al mar templado y de sus colonizadores en busca de materias primas para las industrias; no quieren comprender los franceses que el mejor, el único servicio auténtico para mantener su preciada conservación sería el procurar, aun a costa de renuncias, hacer que entrara la temida Alemania en el rango de las Naciones satisfechas, es decir, hurtarle el papel de portaestandarte de los pueblos revolucionarios para convertirla en potencia conservadora, preocupada sólo por cuestiones extracontinentales. Pero los bien comidos políticos de la Nación vecina y sus menestrales de cuello de pajarita han demostrado ser, desde siempre, hombres sórdidos, de los que creen que la riqueza hay que guardarla celosamente bajo siete llaves. Para lo cual, cerrando los oídos a sugerencias y consejos y rehuyendo el ponerse directamente de acuerdo con el presunto enemigo, prefieren encerrarlo en una empalizada, entendiéndose con los guardianes de la misma — sean cual fueren sus ideas sobre la propiedad —, aun a trueque de enconar sus diferencias con Alemania y olvidando, en todo caso, que nada hay más feroz que animal encerrado.

Este conservadurismo, que a la Nación francesa ha llevado a entenderse con gentes que temperamentalmente son enemigas de las suyas; este entenderse con la internacional democrática y la judeomasonería, sólo en función antialemana, ha hecho posible que donde pudiera tener un enemigo tenga hoy en contra el bloque de las Naciones insatisfechas, todas las potencias, grandes o chicas, que tienen reivindicaciones territoriales o económicas que presentar: Italia, a la cabeza.

Pues aunque Italia tuviera especial interés en que el germanismo no avanzase por la cuenca del Danubio para asentarse en el Levante Mediterráneo (natural zona de expansión económica de Italia desde los tiempos de las Cruzadas), menos le podía convenir un Balcán agitado y un bloque continental que, circundando Europa a Oriente y a Occidente, amenazaba con encadenar no sólo a Alemania, sino también al Mediterráneo, cuya libre navegación es un postulado vital para la navegación italiana. No hay que olvidar, en efecto, que la Península itálica, separada de Europa por el recio obstáculo de los Alpes, es en definitiva una isla y que no puede, por tanto, mantener de por sí una política independiente, siendo la primera interesada (como el otro caso típico de insularidad: la Gran Bretaña) en mantener el equilibrio europeo. Es decir, que la función importantísima de Italia es la de ser, desde el día de su fundación como Estado moderno, la pesa que, colocada en un platillo, equilibra la balanza. Tal fué en los primeros años del siglo al oponer un valladar al paneslavismo en el Levante mediterráneo; tal fué al intervenir junto a los Aliados en la Guerra europea, dividiendo la pujanza germánica y obstaculizando su salida a nuestro mar; tal ha sido su labor de aproximación y salvaguarda de Turquía — comunicación con el mundo ruso, emporio de materias primas — en los años de la postguerra; y tal es, por fin, el origen de su empresa abisinia, destinada a abrirse el camino de los océanos de Asia, pese a la hegemonía inglesa sobre Suez. En el tratado de Londres de 1915, cuando los Aliados necesitaban de Italia para dejar inoperante al Imperio Austrohúngaro, se había ofrecido al Gobierno de Roma una zona de influencia en la costa asiática de Turquía y la seguridad de que el Adriático sería un mar italiano; compromisos que los Aliados no llegaron a cumplir, creando, antes bien, un estado cojinete que, frente a las costas bajas y desamparadas del Adriático italiano, heredaba los puertos abrigados del antiguo imperio austríaco, para ponerlos a disposición de sus patrones ingleses y franceses. Con esto, Italia quedaba situada automáticamente entre las naciones protestantes, echaba su pesa en el platillo de los humillados que esperaban aligerar el poder de las Naciones que en la Guerra habían llevado la mejor tajada. Una Francia con tentáculos en el Danubio y en el Balcán, en el Adriático y en Polonia y en la U. R. S. S., tenía por fuerza que provocar un acercamiento de Italia a las Naciones vencidas. Y allá se inició aquella gran política de Mussolini que veló, primero, por la independencia danubiana, que va restando clientes a los franceses en los Balcanes, que se aseguró desde un principio los puertos albaneses (en la boca del Adriático, a 40 kilómetros escasos de la costa italiana) y que se aproxima por fin al Gobierno de Berlín, constituyendo ese Eje que tanto ha llenado las prensas en estos últimos años. Hubo un momento, al morir con Barthou la vieja política francesa, en que Francia parecía comprender cuáles son sus intereses mediterráneos, que no pueden ir desligados de los italianos (todos recuerdan aquellos protocolos firmados en Roma por Laval en enero del 35), pero, inmediatamente, pudo más que el interés auténtico de Francia el temor a Inglaterra, la otra potencia insular, que iniciaba una vuelta a Alemania, ante el temor de un mayor poder de Italia y Francia conjuntas en la cuenca mediterránea, y que supo atraer a Francia al diversivo del conflicto abisinio con el nudo gordiano de las cincuenta y dos naciones que intentaban estrangular a Italia por los claros ojos de la rubia Albión. Diversivo causante de la división de Europa en antifascistas y fascistas, abriendo un foso que la guerra de España no ha hecho más que profundizar y extender.

Tal es la historia del eje Roma-Berlín, y, si mucho se aprieta, del pacto Antikommintern. Y si se considera el aislamiento en que la crisis mundial ha sumido a los países, llevándolos hacia la autarquía económica, y que las pequeñas potencias que no se bastan para su consumo tienen fatalmente que apoyarse en otras de gran desarrollo industrial, bien se echa de ver la importancia del sistema enumerado, que atraviesa Europa de Norte a Sur y coloca a Francia en condiciones de inferioridad en el Mediterráneo que hoy, como antaño, como en los grandes tiempos anteriores a la colonización de América, vuelve a ser el ombligo del mundo.

Al considerar las actuales esferas de influencia, conviene no olvidar, sin embargo, que no se puede alterar, como arriba se ha dicho, el papel equilibrador peculiar de Italia, incluso por razones de tipo geográfico, que son inmutables. Y en definitiva, con los mismos motivos, nuestra España: es decir, las potencias de un pasado imperial y de un próximo futuro de Imperio. Que eso, ni más ni menos, es el contenido de concepto tan manejado en estos tiempos: crear un sistema de paz universal, imponer una norma, asegurar la existencia de las gentes. Las obligadas concesiones a un aliado han permitido que los alemanes realizaran su sueño de poner pie en la cuenca danubiana; pero el Gobierno de Roma ha podido presentar, en cambio, unas reivindicaciones extracontinentales, y concretamente mediterráneas, para fortalecer la romanidad de este mar. Y cuando el germanismo podía haber intentado asomarse al Adriático, las legiones de Roma, con su veloz y oportuna ocupación de Albania, asegurando a Italia el cuello de la botella del "mare amarissimo", no sólo han logrado delimitar la influencia de las dos Naciones sobre Yugoeslavia, sino que han traído la alianza militar, salvaguarda del papel mediterráneo de Italia y de la influencia continental germana basada en razones étnicas. De otro modo, el Mediterráneo ha de ser el mar reservado a la romanidad, sea ésta representada por las barras de Aragón o el león de Venecia, y mejor conjuntamente. ¿Podrá Francia contribuir a la paz de estas aguas y a la riqueza de los fóndacos que las orlan y son vanguardia de los tráficos del mundo? Punto es éste que toca decidir a las Naciones jóvenes que hasta hace unas semanas han dado buena muestra de sus bríos.

JUAN RAMON MASOLIVER

DEL ORIENTE AL OCASO

TIENTSIN, PUNTO DE PARTIDA

Es tan grande la obsesión que ingleses y franceses tienen por conseguir la ayuda de Rusia contra unos peligros más o menos imaginarios, que llegan a olvidar la existencia, no ya de problemas, sino de naciones enteras. Así parecen haber olvidado al Japón, su poder y su influencia. Sin ese olvido, el incidente de Tientsin no hubiera podido llegar a donde ha llegado. Los japoneses lo han explotado en su favor, al amparo de la distracción de las que fueron un día sus amigas y hoy, nadie podría explicar exactamente por qué, parecen desconocerlos.

El Japón, naturalmente, no persigue la anexión de China, aunque quiere instaurar en ella un régimen que le sea favorable y sumiso. Para ello necesita captarse las simpatías de una parte de la población del Celeste Imperio, y lo va consiguiendo, con la explotación sagaz de las rivalidades de las banderías chinas, y el anudar de los intereses.

El conflicto de Tientsin es otro instrumento para la captación de simpatías, que han puesto en manos del Japón sus mismos rivales, distraídos en sus juegos con el oso moscovita.

Todo cuanto sea combatir las concesiones internacionales en territorio chino, tendrá la aprobación, abierta o disimulada, de la población china, que tiene esas concesiones por el mayor de los vejámenes que le han sido inferidos. El episodio de Tientsin puede ser el comienzo de una diplomática ofensiva al estilo oriental contra las concesiones internacionales, cuya existencia pende de siempre de un hilo.

PADEREWSKI, COMO SIMBOLO

Polonia, país privado de fronteras naturales, está, de siglos atrás, a la merced de sus dos poderosos vecinos, alemanes y rusos. De ahí los famosos «repartos», únicos por sus proporciones, en la moderna historia de Europa.

Puesto que Polonia no tiene ni defensas naturales ni fuerzas bastantes para defenderse de todos, parecía natural que su política fuese la de mantener la amistad con las dos vecinas, o firmar alianza con la una para defenderse de la otra. Sin embargo, hoy día la vemos enemistada con las dos y buscando sus valedores en el extremo del continente, de donde no le puede llegar más que un tardío socorro.

Lástima grande, pues Polonia no es uno de tantos países más o menos inventados, cuya suerte no puede hacer torcer los destinos de Europa, sino que tiene en ella una marcada misión a cumplir. Polonia es la avanzada de la civilización católica, y latina (aunque parezca paradoja), en el mundo eslavo. Antes fué Polonia baluarte contra la ortodoxia rusa. Hoy debía serlo también contra el comunismo. Por este último motivo, su inteligencia con el Reich era más que necesaria.

Tan apegados están los polacos a sus tradiciones, que diríase que ni renuncian a esa característica que ya en otros tiempos fué origen de sus males: la falta de sentido político. Diéronlo ya a entender (país de músicos y poetas) haciendo del gran Paderewski Presidente de la República, en la mañana de su resurrección. Muéstranlo ahora otra vez con ese absurdo entregarse en los únicos brazos de Inglaterra.

NO DAN PIE CON BOLA

Claro está que si hay naciones que nunca aciertan en su política, los yerros se registran aún en las naciones mejor dotadas de sentido político. Tal ocurre con Inglaterra desde algún tiempo a esta parte. Erráronla en Abisinia, en Austria, en Checoeslovaquia, en España... y la están errando en Palestina, en China y últimamente en Rusia. Los ingleses no dan pie con bola.

Lo de Rusia, además de equivocado, es vergonzoso. El Gobierno de Su Majestad Británica acude a Moscú a pactar con los que asesinaron al tío de esa misma Majestad, el que fué Su Imperial Majestad Nicolás II; con los bandidos que vaciaron las arcas de los súbditos ingleses. Y los asesinos y los ladrones se dan el gustazo de reírse a sus barbas y de darles un plantón que se cuenta por semanas.

«Inglaterra no se bate por ideas, sino por intereses». Este lema es orgullo de la política exterior británica. Y así se explica que los mismos *gentlemen* que llamaron rebeldes a los hidalgos de España, suspiren ahora por besar las plantas del verdugo moscovita. — R. M.

El 150 aniversario de La Bastilla

En los primeros libros de historia que, cuando niños, llegaron a nuestras manos, estaba ya contenida la vieja cantinela: la Revolución Francesa sólo pudo producirse porque el pueblo se vió abocado a la miseria a causa de los suntuosos palacios que el Rey Sol y su nieto Luis XV mandaron construir.

La explicación era excesivamente simplista. ¿Palacios?, ¿cuántos?, ¿fueron tántos realmente? Versalles, desde luego, vale por diez. Salimos, sin embargo, defraudados de nuestra primera visita a aquella mansión, a aquellos jardines. Habíamos creído que, para arruinar a Francia, importaba ejecutar más grandiosas obras. Los faraones las habían hecho mayores, y su imperio duró milenios.

La Francia que construyó Versalles era ya una Francia poderosa y rica. El reino de Luis XIV tenía una población tan crecida como tiene ahora España, y los españoles serían apenas una tercera parte. Si fuésemos a contar, tal vez resultaría que Felipe V, en Madrid, en Aranjuez, en La Granja, en Riofrío, construyó relativamente más que su abuelo, y nadie dirá que por ello arruinara a España. Federico el Grande, a proporción de la estrechez de su reino y de la pobreza de Prusia, es posible que edificara también más. Potsdam representa un esfuerzo mayor que Versalles. Y nadie habla del Gran Federico como si su característica hubiese sido precisamente la de haber arruinado a Prusia. De la misma manera continuaríamos hasta agotar los reinos de Europa, pues fué la de Luis XIV y Luis XV una época de fiebre constructiva.

Hubo también guerras, pero las de los dos Luises levantaron a Francia y les dieron la hegemonía en Europa. Las guerras cuestan caras cuando se pierden, o cuando los pueblos no saben valorar las victorias.

■

José Antonio nos da su explicación de por qué vino la Revolución Francesa. Estas son sus palabras:

«Hacia la tercera década del siglo XVIII, empiezan las congojas, las inquietudes; la sociedad ya no cree en sí misma; ya no cree tampoco, con el vigor de antes, en ningún principio superior... Juan Jacobo Rousseau representa esta negación; y porque pierde la fe de que haya verdades absolutas, crea su *Contrato Social*, donde teoriza que las cosas deben moverse, no por normas de razón, sino de voluntad.» Y, en otra parte, agrega todavía: «El siglo XVIII ya no creía en nada; si queréis, no creían en nada los más elegantes, los más escogidos del siglo XVIII; no creían siquiera en sí mismos. Empezaron a asistir a las primeras representaciones, a las primeras lecturas en que los literatos y los filósofos de la época se burlaban de esa misma sociedad afanada en festejarles.»

Esos personajes son Rousseau, Voltaire...

Voltaire había estado preso en La Bastilla. Voltaire era hombre rencoroso. Supo vengarse de quienes allí le encerraron y de las paredes que le guardaron. Sin la propaganda de Voltaire, entre otros, tal vez nadie se habría acordado, en julio de 1789, de La Bastilla, y el famoso castillo sería hoy una atracción más que París podría ofrecer. La Bastilla era un símbolo. Pero ese símbolo lo crearon esos mismos literatos y filósofos de que José Antonio nos habla.

Cuando las turbas, el 14 de julio de 1789, invadieron La Bastilla, no había más que siete presos, nada mal tratados por cierto. Para guardarlos había 114 soldados, de los cuales 80 eran inválidos de guerra. Una especie de asilo, a fin de cuentas. Para tomar esa «formidable» fortaleza, las turbas reunieron todas las armas de París. Sólo de los Inválidos se llevaron 30.000 fusiles y veinte cañones.

El comandante, marqués de Launay, se cansó de hacer estragos entre tanto desgraciado revolucionario. Entregó la fortaleza a las siete horas de combate, diríase casi que por piedad. Y habiendo prometido los asaltantes que respetarían las vidas de los defensores, el marqués fué despedazado, consumando así una vileza tan grande como pocas hubieran podido presenciar los muros del castillo en su larga historia.

Nos hablan de La Bastilla como símbolo de la tiranía de un régimen. Y el próximo día 14 de julio, al cumplirse el 150 aniversario de aquella «gesta», parece que nuestros vecinos los franceses van a tirar la casa por la ventana. Mas, ¿es que se contentaron con destruir el símbolo? Las crónicas nos dicen que, aquel mismo día, se asaltaron las tiendas, se incendiaron casas y se asesinó a muchos. Y, para no ser menos que en París, en cada provincia inventaron su «bastillita», su «simbolillo». Y tras el símbolo vinieron los almacenes, las casas particulares, las iglesias.

Y claro, como asaltaron las panaderías, no hubo pan, y cundió el hambre en París. Y como echaron a los nobles, se quedaron en la calle los que de ellos vivían, y no hubo trabajo. Y como no hubo pan ni trabajo, hubo malhumor, y vino el reinado del crimen.

Fué el terror. La guillotina levantada no lejos de donde estuvo La Bastilla, un símbolo ganando a otro en crueldad, y el segundo segó más cuellos que almas habían guardado los muros de la fortaleza en varios siglos. Diecisiete mil murieron sólo en París. Aparte hay que contar, por ejemplo, los millares de ciudadanos ejecutados a cañonazos en Lión, y los que se embarcaron en los buques que, barrenados exprofeso, se hundían con la carga humana en aguas del Loira. Y los sacerdotes expulsados de sus templos, perseguidos y martirizados.

Mas, ¿para qué continuar? No es mejor reflejo de lo que ocurrió en Francia, el recuerdo de cuanto ha ocurirdo en España? Y, en mayor o menor escala, ¿han ideado los rojos españoles algo que no hubiesen inventado ya los franceses con siglo y medio de anticipación?

■

Suponga el lector que ha presenciado la tragedia de treinta meses de dominio rojo, que por arte de magia le es dado prolongar su vida 150 años, o que por el mismo arte resucita en esa época. Y que ve a sus tataranietos comentar con aires de suficiencia lo que ellos no vieron. Y que, olvidando las matanzas, los saqueos, los incendios, dan a todo eso el valor de simples incidentes aislados, y se fijan tan sólo en los 13 puntos de Negrín, y atribuyen a esta revolución que acabamos de pasar, todo el mérito de los progresos que hasta allí se hayan realizado. ¿Cuáles? Imposible decirlo. ¿Acaso Robespierre o Marat habrían imaginado la radiodifusión, por ejemplo, de la que ahora resultan ser los propulsores?

¿Qué haría, a la vista de esto el español que resucitara en 2086? ¿Lo creería posible? Y sin embargo, esto es lo que van a perpetrar el próximo 14 de julio, los papanatas del mundo.

DIEGO VICTORIA

El Japón y la U.R.S.S. en el mar de Ojotsk

Acerca de la explotación de las pesquerías en el Mar de Ojotsk está planteado desde años atrás entre el Japón y la Unión Soviética un conflicto que siempre se salva pero que nunca se resuelve. Todos los años antes que comience la temporada de pesca, el conflicto suele agudizarse. Los Soviets, en cuyas costas se encuentran las ricas pesquerías, crean nuevas dificultades. El Japón protesta, se entablan negociaciones, se rompen después, reanúdanse más tarde, y finalmente ter-



mina la discusión con un nuevo acuerdo provisional, que deja a los japoneses nuevamente la explotación de las pesquerías por un tiempo determinado.

También este año se ha reproducido el antiguo conflicto, y no ha mucho que terminó con un éxito de los japoneses. El convenio de pesca que duraba desde 1929, interrumpido al comenzar el año, ha sido prorrogado hasta fin de 1939. La parte muy preponderante de las pesquerías que hasta ahora explotaban los japoneses, continúa en manos niponas.

Quien conozca la historia de estas discusiones, quedará convencido de que tampoco esta vez la tranquilidad durará mucho. Sin duda alguna los Soviets, en el momento que crean oportuno, proseguirán sus maquinaciones.

¿Qué significan en realidad esas pesquerías para los japoneses? ¿Qué país tiene mayor derecho a su explotación?

Como es sabido, el Japón completa su extensión, demasiado reducida para su potencia (Japón, 680.000 km.², 90 millones de habitantes.— España, 504.000 km.², 24 millones de habitantes), con las grandes extensiones de mar sometidas a su influencia. El Japón es como un arco de islas, con una isla principal, dos mayores a Norte y Sur y más de 600 islitas. Ese arco tiene una longitud de 3.200 kilómetros, abarcando desde los trópicos hasta casi la entrada del Océano Glacial Artico. Precisamente allí, está la isla de Sajalin, soviética su parte norte, nipona su parte sur. Es la prolongación del arco, y en ella se encuentran las mencionadas pesquerías.

Para dar una idea de la extraodinaria importancia económica que para el Japón encierran, citemos los siguientes datos: En 1927 sacó de ellas el Japón 44.000 toneladas, en 1928 113.000 toneladas, en 1929 56.000 toneladas de pescado. La producción anual de ellas osciló de 1927 a 1936 entre 27 y 35 millones de yen (46 millones de yen en 1928). Regularmente una parte importante de esa pesca va a parar a las fábricas de conservas, en buena proporción para exportar. No hay que ponderar la importancia que ello tiene para la economía japonesa, tan necesitada de divisas en estos tiempos de guerra.

El mar encierra para la economía japonesa un interés vital. El Japón, con su centenar de millones de habitantes y su crecimiento anual de alrededor de un millón, se sostiene en parte de sus pesquerías, que rinden al año cerca de 5 millones de toneladas de pescado. Tan elevada es esta cifra que constituye aproximadamente el 40 por ciento de la pesca de todo el mundo. Quiere esto decir que el pueblo japonés se alimenta en buena parte de pescado y que necesita el producto del mar como complemento de la producción de su agricultura, relativamente reducida en un país tan poblado. No hay que decir que, en estas circunstancias, la explotación del mar de Ojotsk encierra para el Japón un interés vital.

Añádase a esto el derecho natural que para el Japón deriva de su situación geográfica. Las pesquerías del Mar de Ojotsk están de 500 a 2.000 kilómetros alejadas de las islas principales niponas. De los territorios centrales soviéticos están a 7.000 kilómetros. El Japón puede aportar la pesca al consumidor por el camino más corto. Los Soviets, aun con los mayores esfuerzos, no podrían utilizar más que una pequeña parte del marítimo botín.

Y finalmente, el Japón, si se trata de reivindicar derechos, puede apoyarse en convenios firmados. En el tratado de paz de Portmouth de 1905, que puso fin a la guerra ruso-japonesa, se les reconoció a los japoneses el derecho de pescar en las discutidas regiones.

Los Soviets, que oficialmente son los amos de las pesquerías, no se encuentran en disposición de explotarlas. Como ya se ha dicho, la distancia de ellas a los centros soviéticos es demasiado grande para que su transporte resulte económicamente factible. Los territorios que la Unión Soviética tiene en Extremo Oriente son muy escasamente poblados, y no existe la industria que pudiera transformar los productos. Pero tanto mayor es el interés que tiene Moscú en la posesión de las pesquerías. Quien gobierne aquellas aguas podrá amenazar siempre el Archipiélago japonés. Y además, la posibilidad de interceptar el abastecimiento japonés por el cierre de las pesquerías constituye para la política de Moscú, enemiga de la paz, una tentación constante.

En el conflicto crónico de estos tan dispares intereses, el Japón ha vuelto a lograr la victoria. Su actitud decidida no ha permitido que jamás tendieran los Soviets el arco. Pues es bien sabido cuánto teme Moscú toda acción bélica. La sola aparición de buques de guerra japoneses para la protección de la flota pesquera en las discutidas aguas, sería para los Soviets muy desagradable. Pero con todo, la posibilidad de nuevas perturbaciones persiste siempre. El Japón tendrá que contar con las maquinaciones soviéticas, mientras la soberanía de Moscú sobre las aguas indudablemente pertenecientes al espacio vital japonés, persista.



(Dibujos de un álbum de Honkusai.)